

CIEN AÑOS DE NOVELA EN SALAMANCA

JOSEFA BÁEZ RAMOS*

RESUMEN: Con este trabajo de campo se quiere dar a conocer la situación de la creación novelística en Salamanca durante los últimos cien años. La respuesta de que en *Salamanca no hay novela*, hizo orientar este artículo hacia el deseo de sacar a la luz nombres de autores y autoras, con obra narrativa muchas veces premiada, que son desconocidos para el público lector, con parte de su obra inédita. Sin pretensiones de discernimiento crítico, sino más bien de averiguación, la investigación pretende ser un punto de partida, un acicate para, desde la nómina –seguramente incompleta– de quienes escriben, provocar acercamientos monográficos especializados sobre sus obras y empujar las puertas de su publicación. El término «salmantino» se aplica del modo más abierto; así, son incluidos también aquellos escritores y escritoras que, no habiendo nacido en Salamanca, se instalan definitivamente en la ciudad o provincia o mantienen alguna vinculación con ella, formando ya parte del acervo charro.

ABSTRACT: The aim of this field work is to divulge the situation of novelistic creation in Salamanca over the last hundred years. The idea that there is no novel in Salamanca led us to orientate this work to bringing to light the names of authors who are unfamiliar to the reading public, but many of whose works have received literary prizes, while a part of their work remains unpublished. With no wish to be critically discerning, but rather with a view to inquiry, this research aims to be a starting point, a stimulus to future monographic approaches that would specialise in the works of those listed here, opening the doors to their publication. The term «Salamanca» is applied quite openly, to include those writers who, although not born in Salamanca, made their homes in this city or its province, or who maintain some kind of link with it and form a part of its heritage.

PALABRAS CLAVE: Trabajo de campo / Salmantino / Novelistas / Búsqueda / Acervo.

* I.E.S. Torrente Ballester. C/. Gutiérrez Mellado, 6-8, 37900 Santa Marta de Tormes.

*Salamanca sublime, Salamanca maestra,
la de nombre profético, la ideal madre nuestra,
la doctora, la sabia, la de jugo español;
entre tantas ciudades donde Dios ríe y canta,
no hay ninguna más sobria, más severa, más santa,
más altiva, más noble, más dorada del Sol.*

(SALVADOR RUEDA,
Juegos Florales Hispano-Portugueses, 1909)

1. SOBRE LOS LÍMITES DE LO SALMANTINO

La reflexión no me parece baladí; tampoco es original. Al afrontar trabajos similares a éste, tanto estudiosos del ámbito literario como de otras materias se han detenido ante los límites de lo que deba definir lo salmantino. La provincia, puede leerse en el libro de Emilio Salcedo, *Literatura salmantina del siglo XX*, no tiene sentido si levantamos a su alrededor una muralla impenetrable.

Convendremos en que, en no pocos casos, el nacimiento en un lugar u otro es algo accidental, que tan salmantino puede sentirse el nacido aquí, haya permanecido en su ciudad o la haya abandonado, como el que la acepta en su madurez, el que amparó en ella su adolescencia o quien la eligiera para culminar su formación. Así pues, ¿quiénes son los novelistas salmantinos? ¿Cómo no considerar parte de la savia que alimenta nuestra provincia a esos hombres y mujeres que, llegados de fuera, aportan su creación al acervo charro? Para aquellos, en fin, que salieron de los contornos provinciales, por tan diversas razones, ¿cuándo, de ser así, caduca la relación de paisanaje?

No es el momento de adentrarme en respuestas argumentadas para éstas y otras posibles interpelaciones, sino de avanzar el talante ecléctico de esta aproximación a la contribución narrativa de los salmantinos a lo largo de los últimos cien años. Así pues, queden abiertas las puertas de estas letras a los que son y a los que están o pasaron. Para futuras dedicaciones reservo, y animo a otros también, el acercamiento monográfico a cualquiera de los escritores recogidos en esta nómina.

2. LA INTRAHISTORIA DE ESTAS PÁGINAS

Empezaré por el final, que, en realidad, fue mi principio. Cuando recibí, desde el Departamento de Cultura de la Diputación Provincial de Salamanca, concretamente desde el Consejo de Redacción de *SALAMANCA. Revista de Estudios*, la petición formal de elaborar un artículo acerca de la novela salmantina en el pasado siglo, esboqué un esquema de investigación y unas líneas orientadoras para su contenido. Poco a poco, unas visitas a bibliotecas y librerías y los contactos con autores de novela en Salamanca —a los que desde aquí saludo agradecida— fueron moldeando aquellas premisas teóricas. De un primer acopio de datos biobibliográficos se

concluía fácilmente la indispensabilidad de realizar un trabajo de campo que, deslindando identidades, sacara a la luz del conocimiento nombres y obras.

Salamanca no da novelistas; era la explicación compasiva en que, una y otra vez, recalaban voces distintas, perceptible apenas un vislumbre de desánimo. Sin embargo, sin entrar en dilucidar calidades o en el análisis de las obras, aplazando una útil contextualización socio-literaria de los autores y autoras así como la elaboración de un marco teórico fiable, el censo que ocupa las páginas siguientes –sin duda incompleto– desmiente aquella impresión. Tiempo y manos no han de faltar, si acompañan las ganas, para acometer proyectos específicos.

Y aquí planté un primer objetivo para mi aportación a la revista: dar a conocer, de la manera más amplia posible, sin discernimientos críticos ni acotaciones espaciales, lo que había en Salamanca en el terreno narrativo. Con todo, pese a los difusos contornos existentes entre géneros literarios, habría de excluir a tantos autores de cuentos, relatos cortos, leyendas, crónicas, memorias, biografías o autobiografías, más o menos noveladas... Hecha está, pues, la invitación para acercarse a nombres como los de Manuel Moreno Blanco, Antonio García Maceira, Juan Domínguez Berrueta, Luis Maldonado, José Sánchez Rojas, Juan Iglesias, Luis Cortés Vázquez, Emilio Salcedo, Florentino Hernández Girbal, Enrique García Gurreira, Agustín Villar Ledesma, Ángel González Quesada, Josefina Pérez de la Torre, Gonzalo Santonja, M.^a Dolores Pérez Lucas, Miguel Cobaleda, J. Miguel Ullán, Charo Ruano, José Luis Puerto, M.^a Ángeles Sánchez, Gabriel Cusac, Juan Francisco Blanco, Luis García Jambrina, etc.

El segundo empeño se fraguó también en la búsqueda de a pie. Las opiniones que en nuestros encuentros iban formulado los escritores salmantinos revelaron una inusual coincidencia de juicio. Por mi cuenta subrayo la oportunidad de no desoír estas aportaciones en la prestigiosa antesala de acontecimientos culturales; inútiles las lamentaciones posteriores. Por ello, traslado aquí, en síntesis, algunos de aquellos en aspectos en los que converge la reflexión de los novelistas salmantinos:

1. Desperdigados, no existen contactos entre quienes escriben novela en Salamanca, salvo en casos de amistad personal; tampoco frecuentan los círculos literarios oficiales de su entorno.
2. Su deseo radica en escribir algo diferente y personal, auténtico; hablar de lo que cada uno siente.
3. No quieren perder el tiempo con su escritura ni hacérselo perder a los lectores; cuando ofrecen algo, lo ha cribado previamente su tamiz de calidad.
4. Todos cultivan otros géneros literarios (el cuento, la poesía, el relato breve), el periodismo (en prensa escrita o audiovisual).
5. Excepciones aparte, los escritores salmantinos no viven de sus novelas sino del ejercicio de una profesión.
6. Muchos de los narradores llegan a la novela después de haber frecuentado la poesía, entendiendo aquella como un género que requiere cierta madurez en formación y vivencias.

7. Consideran muy difícil la publicación de sus novelas, un gran número de ellas inéditas. Cuando aparecen, al hacerlo en pequeñas editoriales, con una distribución precaria, sus obras no llegan a los posibles lectores o quedan olvidadas en almacenes hasta su descatalogación. Admiten que una mayor proximidad a los ámbitos de creación literaria, a editoriales de Madrid o Barcelona facilitaría el movimiento de sus obras.
8. Las bibliotecas locales no disponen de todas sus novelas; para algunas de ellas no está permitido el préstamo a los usuarios de la biblioteca o es necesario algún requisito previo para su consulta.
9. La ciudad universitaria desatiende a sus artistas y descuida proyectos que acaban creciendo en otros suelos. La cultura oficial se construye más con lo que viene de fuera que en el apoyo a lo de casa. Las actitudes conservadoras no asisten a la necesidad de descubrimiento propia de los creadores.

3. NOVELISTAS SALMANTINOS EN LOS ÚLTIMOS CIENTO AÑOS

3.1. ESCRITORES NACIDOS EN SALAMANCA Y SU PROVINCIA

FERNANDO ÍSCAR PEYRA (Salamanca, 1886-1958), estudió Derecho en Salamanca; dedicado desde muy joven al periodismo, recopiló sus mejores crónicas en *Vestigios*. Novelas suyas fueron: *La bolsa y la vida* (1921), *Los peleles* (un ensayo de ironía literaria, un Werther provinciano –en opinión de Emilio Salcedo– con prólogo de Miguel de Unamuno) y *Sabel, la buena esposa*, la última, anunciada primero por su autor con el título *El Ama (novela campesina)*, en homenaje a Gabriel y Galán. Es considerada como una obra maestra del género regional. Obtuvo el Premio Cervantes 1930.

De Aldea del Obispo, en la raya con Portugal, es JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ (1898-Toulouse, 1941). Aunque, a los dos años, sus padres lo devolvieron a su tierra asturiana natal, los vecinos de Aldea consideran a Díaz Fernández su paisano. Con Celina Muñoz y José López Carretón a la cabeza, indagan y rebuscan en los archivos tras cualquier noticia o foto relacionada con su vida y su obra. Le organizaron un homenaje con ocasión del centenario de su nacimiento en el pueblo y desplegaron una completa exposición retrospectiva con los libros del escritor y con los que otros han escrito acerca de él. Allí pudieron contemplarse sus artículos en periódicos de Castropol, Gijón, de Madrid, su participación en *Nueva España*, junto a Antonio Espina y Adolfo Salazar, sus poemas. También estaba su ensayo sobre un *Nuevo romanticismo* (1930), comúnmente aceptado en la otra orilla del *Arte deshumanizado* de Ortega y Gasset, enfilando la década rehumanizadora de los años treinta. Y un recorrido por sus novelas. Primero, unas cortas: de 1931, *La largueza* (incluida en *Las siete virtudes*, de Benjamín Jarnés en 1931), y *Cruce de caminos*; luego, ya comprometido con la causa revolucionaria, *El blocao* (1928), libro reeditado hace poco por José Esteban, aún no resuelta su clasificación: ¿conjunto de relatos, primera novela social? (Lo cierto es que en 1927 había presentado

como cuento, y con el mismo título, el que resultó ser el ganador del concurso convocado ese año por *El Imparcial*). *La venus mecánica* (1929), ambientada en el Madrid de la época y con personajes tras los que alientan gentes conocidas, marca también una transición entre vanguardia y compromiso.

Díaz Fernández tuvo que coincidir en Madrid con el bejarano JESÚS IZCARAY. Nacido en Béjar en 1908, murió en Madrid en 1980 después de practicar, con su vida y con su obra, un doble compromiso a los planteamientos ideológicos de izquierda. De meritorio en diversas redacciones de diarios madrileños una vez que se asienta en la capital, pasa a ser cronista de guerra para *Estampa* y *Ahora*. Absorbido por la dedicación a su partido y sus publicaciones, *Frente Rojo*, *Mundo obrero* y el *España popular* que funda en México, Jesús Izcaray, de vuelta de su exilio en 1976, no escribirá novela hasta disponer de algún tiempo para sí mismo. La primera, perdida en Lisboa, esperando entrar clandestinamente en España, se titulaba *Antes del día* (1944). En México aparecieron *La bondonada* (1961); luego, *Noche adelante (Novelas breves y otros cuentos)*, 1962 –ahora con una primera reedición en España (Cervantes, Salamanca, 2000)–. En París, la editorial Ebro publica *Las ruinas de la muralla* (1965), *Madame García tras los cristales* (1968), *Un muchacho en la Puerta del Sol* (1973), obras que serán editadas en nuestro país al llegar la democracia. *Cuando estallaron los volcanes* (1978) fue la que apareció en España antes que en otras lenguas y naciones. Jesús Izcaray dejó abundantes folios que formaban parte de su proyectada tetralogía *El río hacia la mar*. En la carpeta que los contiene figura un título: *Puente de sangre*. En todas sus novelas Izcaray busca lo que entiende que debe ser una *novela para el pueblo*, unos relatos en los que proyecta su personal compromiso político sirviéndose de todos los recursos estilísticos a su alcance.

De Béjar o su comarca son otros novelistas destacados. GUMERSINDO VAÍLLO ROLLÁN es autor de las novelas *Las cinco abejas* (1948, 51 páginas) y *Tierra charra* (1947, 157 páginas), aparte un drama histórico (*El cantar de la leyenda*, 1948) y un libro de poesía (*Para ti*, 1947). En opinión de Antonio Gutiérrez Turrión, *Las cinco abejas* (que él analiza en un artículo para la revistas *Estudios bejaranos*, 2-3, 1996), tiene una sospechosa filiación ambiental y argumental con *Rincón de provincia*, de Emilio Muñoz.

De MÁXIMO HERNÁNDEZ es *Del monte en la ladera*. ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA, nacido en Casas del Monte por los años veinte y muerto en Béjar en 1999, es autor, además de un *Diario* y de *Los viajes de Cela por Extremadura*, de novelas como *Las chicas del puticlub* o *La generación nocturna*; su obra más famosa fue *Los judíos de Hervás*. Colaboró no sólo en la prensa local sino también en *El Adelanto*, así como con la Diputación de Badajoz disertando sobre la Inquisición en la provincia de Salamanca. Según comentaba a los conocidos, tenía en preparación un libro titulado *La verdadera muerte de Camilo José Cela*.

Muy conocido de algunos bejaranos es VÍCTOR GUTIÉRREZ SALMADOR, paisano que realizó sus primeros estudios en la ciudad textil y, aprobada una oposición al Cuerpo de Correos, se traslada a Naval Moral de la Mata, donde llegó a ser cronista

oficial. Todo lo dejó para dedicarse con éxito al periodismo. Además de varias obras de distinta materia (biografía, ensayo), se acepta su autoría en la novela *El caudillo y «el otro»*, editada en Buenos Aires por la editorial sudamericana y de circulación clandestina en la España de los 60.

Sin embargo, la novela de Béjar por excelencia –la analizó Antonio Gutiérrez Turrión en su discurso de ingreso en el Centro de Estudios Bejaranos (1994)– es *Rincón de provincia* (1935), del admirado EMILIO MUÑOZ GARCÍA (1885-1966), cuyo trabajo narrativo no está lejos del de sus hermanos JUAN, JULIO –fundador de *Béjar en Madrid*– y FRANCISCO MUÑOZ GARCÍA, con los que tiene en común el orientar los beneficios de su labor artística o de documentación a su ciudad natal. Además de abundantísimos artículos y sueltos en diferentes medios de comunicación, estudios de carácter histórico y poesía, estos son algunos títulos de los hermanos Muñoz García. Del laureado Juan Muñoz, cronista oficial de Béjar y académico de la Real Academia de la Historia, es la novela *Fuente Santa* (1935), también unas *Narraciones medievales* (1944 y 1945) que contienen, entre otras, «Mansiella» y «Don Yagüe el apotecario». Títulos de Francisco Muñoz son *El jardín de los laureles* (1952) y *Rimas tardías* (1946).

LUIS LANDÍNEZ nació en La Fuente de San Esteban en 1911. Se dedicó tardíamente a la novela, después de haber cultivado otros géneros, como la poesía, de haber hecho algunas traducciones y estudios críticos (por ejemplo, el trabajo sobre Vicente Aleixandre, «Cara y cruz en la poesía de Vicente Aleixandre», 1950). Su única novela es *Los hijos de Máximo Judas* (1950), una tragedia rural, antecedente de la futura narrativa social, con la que concurrió al premio Nadal de novela en 1949, año en que se adjudicó a *Las últimas horas*, de Suárez Carreño. *Los hijos de Máximo Judas* ha recibido críticas muy positivas. Francisco Yndurain, Laureano Bonet y otros expertos la han calificado de excepcional y Rafael Vázquez-Zamora destacó, en su momento, la sobria austeridad con que estaba escrita, su lenguaje seco y subyugante. La queja de Emilio Salcedo por no haber sido editada de nuevo la novela de Landínez, fue atendida el año pasado por la editorial Alcañuela con su edición de *Los hijos de Máximo Judas* introducida por Ricardo Senabre.

Nunca vio la luz otro título que Landínez había citado repetidamente: *Andanzas y desventuras de un vendedor de libros*. No se tenían testimonios escritos del proyecto narrativo en el que decía trabajar cuando muere misteriosamente en Madrid, en 1962: *El aprendiz de genio*. Sin embargo, parece ser fundada la esperanza de leer alguno de sus inéditos.

LUIS MATA MARTÍN nació en Aldeadávila en 1914 y murió en Salamanca en 1999. Ya jubilado, y de regreso en su pueblo natal, escribió varios libros; alguno sin publicar. Además de la historia de Aldeadávila y sus hijos ilustres (el manuscrito se encuentra en la biblioteca de la localidad), de poesía (*Por las márgenes del Duero*) y de los artículos con que colabora en el diario salmantino *La Gaceta*, Luis Mata es autor de dos novelas: *De Aldea de Ávila a Huatulca* y *La familia del tío Romo* (1987) en torno ésta a las secuelas trágicas que la guerra civil de 1936 deja en el

clan: odios, luchas que llevan a los miembros del grupo a puertos nunca soñados. Y la confianza en que el paso del tiempo calmará las pasiones.

Tiene, además, publicados otros dos libros: *Lenguaje peculiar y tradiciones de las Arribes del Duero* (1995) y, antes, *Narraciones salmantinas de las Arribes del Duero* (1986). Ambos salen a la luz con un mismo deseo de dar a conocer esta zona salmantina. En ellos se recoge el vocabulario, el costumbrismo y la particular psicología de los habitantes de estos pueblos, más bien aislados, de las Arribes: Villarino, Pereña, Masueco, Aldeadávila, Mieza, Vilvestre, Saucelle, Hinojosa, La Fregeñeda. Según atestigua el autor en el prólogo a sus *Narraciones*, las anécdotas y sucesos que se narran, ocurrieron en realidad. El propósito de sus libros quedará cumplido plenamente, asegura, si leyéndolas, *si al ojear estas líneas aumenta el deseo de conocer las peculiaridades de esta hermosa región, sus bravíos «fayales», su risueña campiña, y el modo de ser de los hombres y mujeres que habitan esta tierra.*

Días de llamas, de JUAN ITURRALDE, apareció en noviembre de 1987 (Ediciones B. Narradores de Hoy; se editó por vez primera en 1978) prologado por Carmen Martín Gaité. Allí confiesa la escritora el recelo que le producen las novelas sobre la guerra civil española de 1936, «debido a que el resentimiento y el partidismo desde el que suelen estar escritas se propaga a la presión, muchas veces agobiante, que ejercen sobre el lector» (p. 9). Sin embargo, tal aprensión fue compensada por la calidad que halló en la lectura de esta novela de Iturralde y los prejuicios se esfumaron, sustituidos por el alborozo del hallazgo.

Juan Iturralde nació en Salamanca, según la nota biográfica que cierra el volumen de la novela, el 15 de junio de 1917 (ha muerto en Madrid en 1999). Es el seudónimo de un abogado salmantino, José María Pérez Prat. El alzamiento llamado nacional lo sorprende en Ciudad Real y la revolución y la guerra siguientes lo pusieron en trance de perder la vida. Concluida la guerra, durante la cual recibe ayuda de milicianos y soldados del Ejército Regular Popular Revolucionario, termina su carrera de Derecho y, en 1942, obtiene plaza en las oposiciones para ingresar en el Cuerpo de Abogados del Estado. Desde entonces se dedicó a su profesión, *aprendió a escribir y a ser padre* y saca tres libros, dos largos relatos en los que lo esencial no son las peripecias de los viajes sino las vidas mismas de los viajeros: *El viaje a Atenas y Los labios descarnados* (Barral Editores, 1975) y la novela *Días de llamas*, editada por vez primera en la Gaya Ciencia. «Al presente –indica Iturralde– está elefantíasicamente preñado de un cuarto libro que se titulará *Hans y las lluvias de Abril*.

La novela está contada en primera persona por su protagonista, un condenado a muerte, el juez Tomás Labayen que, en el tiempo del que dispone, reflexiona encerrado en una checa madrileña sobre los vericuetos personales que lo han llevado hasta su situación actual, también los escenarios interiores y exteriores que enmarcan lo sucedido a tantos españoles. El sistema de valores que lo sostenía ha desaparecido; ahora, testimonia los días anteriores al estallido de la guerra de 1936 con el consiguiente cambio en la apariencia exterior de la propia ciudad sitiada, Madrid. Escindido entre lealtades contrapuestas e ideales contradictorios, el perso-

naje se debate en un angustioso conflicto particular. Esa angustiosa espera del amanecer entre los prisioneros se repite en parecidas escenas hasta que, alguna mañana, le toque al yo que relata:

No puedo dormir, no quiero dormir, ni pensar, sólo quiero disfrutar de la almohada de lana con una funda y del calor de las mantas. Doy el cuaderno al cura y me pongo la chaqueta y me meto los pies en el sobre hecho como me enseñó Mendoza. Y, de pronto, pisadas, las llaves, la cerradura y una voz que dice: «Valerio Salas, prepárese. Prepárese y coja una manta» Y Valerio se pone en pie, se viste, se toma dos pastillas, mueve la cabeza, sonríe y se vuelve hacia los demás: «¡Bueno! Menos mal que he resistido hasta este momento. Debo darle las gracias a Dios. Padre, ¿querría absolverme?». La mano del cura, temblorosa, hace en el aire una cruz. «Adiós a todos». Y se marcha y cierran la puerta y yo tengo veinticuatro horas más gracias a Valerio que cubrirá las necesidades de hoy. Pero veinticuatro horas no es nada si no van seguidas de otras veinticuatro. Dos páginas, dos páginas en blanco. Aunque pueden pasar muchas cosas en veinticuatro horas... (p. 535)

La editorial Debate anuncia para noviembre de 2000 una nueva edición de *Días de llamas*.

El *Diccionario de autores* de la fundación Germán Sánchez Ruipérez (1998) acoge entre sus entradas el nombre de ÁNGEL RUIZ AYÚCAR (Ciudad Rodrigo, 1919), militar y escritor. Obras ensayísticas aparte, estos son títulos de sus novelas: *La sierra en llamas* (Luis de Caralt, 1952; Fuerza Nueva, 1985, 4.ª edic.), *Las dos barajas* (Luis de Caralt, 1956; 1969, 2.ª edic.), *Mientras llueve en la frontera* (Luis de Caralt, 1957), *¿Para qué?* (Luis Caralt, 1958), *La ley olvidada* (Bullón, 1963).

Qué decir de CARMEN MARTÍN GAITE (Salamanca, 1925-Madrid, 2000) a estas alturas de premios y reconocimientos, en los límites de un artículo recordatorio como pretende ser éste, aparte de citar sus últimas producciones novelísticas: *La reina de las nieves* (1994), *Lo raro es vivir* (1996), *Irse de casa*, (1998).

Carmiña Martín Gaité había dado sus primeros escritos a la revista universitaria salmantina *Trabajos y Días* (igual que haría luego en la madrileña *Revista Nueva* y otras publicaciones periódicas) promovida por Antonio Tovar y Manuel García Blanco. La misma revista en la que, en el número 8, de 1948, otro salmantino, EMILIO ALARCOS LLORACH, que en su juventud escribió alguna novela, inédita, y en la que Valladolid se rebautizaba en «Ostiana», publicó «Nuestra ciudad: Fragmento de una novela inédita» (pp. 3 y 12).

En Madrid desde 1948, Martín Gaité mantuvo la relación con su ciudad natal. Galardonada con los principales premios locales, regionales y nacionales, Martín Gaité firma diversos prólogos para otras novelas y antologías, guiones de cine, cuentos, una obra teatral, poesía, ensayos de investigación histórica y de indagación literaria, traducciones de Emily Brönte, Flaubert, Perrault, Italo Svevo, Eça de Queiroz o Virginia Wolf. Todos los géneros le sirven de pilares para su novelística. A ésta le debe su popularidad. En cada una de sus novelas ofrece rasgos de la evolución de su personalidad, no ya de la escritora, sino de la mujer. Y así desde *Entre visillos*

(premio Nadal 1957), la historia en la que el ambiente salmantino, vida provinciana de posguerra, presiones sociales y obsesiones personales, se plasmaban tan bien que llevó a una lectora a pedirla en una librería como *ese libro sobre Salamanca en el que sale mi hija*.

Lo ha escrito una de sus estudiosas, Isabel Butler de Foley, leer las novelas de Martín Gaité es conocer a la autora pues, en sus personajes, encarna rasgos que definen su temática tiznada de afectividad personal.

Dos son las preocupaciones esenciales que esta salmantina reitera en sus novelas. Por una parte, la incomunicación –*La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas* (1973), así como *El cuento de nunca acabar*, son referencia inexcusable para los interesados en su mundo ficcional–, la necesidad de espejarse, de la confrontación con *otro* en el envío de un mensaje que reclama respuesta. Antes de que se abordaran aspectos relativos al lector, al destinatario, Martín Gaité apunta a la vital importancia del interlocutor narrativo. Este impulso, con matices en cada entrega, no sólo aparecía en la primera novela citada, también en esos retazos de diario íntimo que es *Ritmo lento*, en *Fragmentos de interior*. De la falta de comunicación deriva el mal que de frustración particular se convierte en tragedia colectiva. La Eulalia de *Retabílas* (1974) sí halla ese interlocutor ideal, lo mismo que la protagonista –la autora– de *El cuarto de atrás* (1978), relato entre testimonial y fantástico en el que se añora la tranquilidad de la Salamanca de la niñez y adolescencia de la autora en la ciudad. Ese mismo ángulo reaparece hasta sus últimas creaciones narrativas. Es, por enésima vez en fin, el caso de la amistad entre dos mujeres, Mariana y Sofía, que presenta en *Nubosidad variable*.

El otro aspecto constante en la narrativa de Carmen Martín Gaité es la presencia del tiempo, un tiempo que termina con la muerte como acto espantoso para el ser humano. Uno de los personajes de *Lo raro es vivir* es tajante: *desde que el mundo es mundo, vivir y morir siguen siendo la cara y la cruz de la misma moneda echada al aire, pero si sale cara es todavía más absurdo*.

FRANCISCO CASANOVA, galardonado periodista y escritor salmantino (de Cantalapiedra) inicia su actividad literaria en la adolescencia con la publicación de numerosos cuentos en importantes revistas españolas (*Arte y Letras, Fantasía, Luna y Sol, Santo y Señá*, etc.) y curiosas anécdotas ante la sorpresa de los editores, que no creen que aquel joven pueda escribir de tal manera. Es autor asimismo de una novela corta, *Obsesión* (Hispanoamericana de Ediciones) y de una obra de teatro, *El sol sale para todos*, que abrió la temporada 1957-58 del Teatro Nacional María Guerrero y fue seleccionada por «L'Institut International du Théâtre» como una de las obras más importantes estrenadas durante el año.

Otras novelas suyas son: una inédita, *La armadura del combate*, premio Ateneo de Valladolid; *Hombre a solas*, premio «Ciudad Real» (Prensa Española) y *Huella secreta*, premio novela corta «Andrés Baquero» de la Diputación de Murcia (y editada, en primera edición, por el Patronato de Cultura de dicho organismo; una segunda edición de la misma novela se debe a Caja Duero, 1999).

El pintor ZACARÍAS GONZÁLEZ DOMÍNGUEZ, elogiado dibujante e ilustrador, nace en Salamanca en 1923. En su haber de escritor, además de sus *Apuntes de pintor* (1992), con reflexiones sobre la pintura y el arte en general, se hallan dos novelas, una desaparecida; la otra, *La falsificación* (Hespérides, 1993), un monólogo nada autobiográfico que gira en torno a la pintura.

Novelas peculiares son las del poeta REMIGIO GONZÁLEZ «ADARES» (Anaya de Alba, 1923), que así las nombra él: *La novela de Juan Márquez... en buscando trabajo* (1988) y *La barrila* (1992), una segunda parte del *Lazarillo*, insiste el autor.

LUCIANO GONZÁLEZ EGIDO (Salamanca, 1928). Tras su dedicación a la universidad, al periodismo literario, al cine –suyo es el guión premiado «Las nubes rojas»–, y a escribir sobre Salamanca como la gran metáfora de Unamuno, además de un ensayo histórico-literario (*La cueva de Salamanca*, 1994), Egido publicó su primera novela: *El cuarzo rojo de Salamanca* (premio «Miguel Delibes», 1993), evocación mítica de Salamanca durante la Guerra de la Independencia. De marzo de 1995 es *El corazón inmóvil*, en la órbita naturalista de Zola, con la que obtuvo el Premio de la Crítica. Una tercera novela es *La fatiga del sol* (noviembre, 1996). La última por ahora, es una novela policiaca, con historia de amor de fondo y de recreación literaria a partir del mundo de Proust, *El amor, la inocencia y otros excesos* (octubre, 1999).

MANUEL SAN MARTÍN (Salamanca, 1930-1962), estudiante con los jesuitas, legionario, viajero por Europa y Estados Unidos, tiene libros de cuentos (*La noticia, El insolente*, premio «Leopoldo Alas») y dos novelas: *El borrador* (finalista del premio Planeta en 1960) y una publicada póstumamente, pero escrita en 1952, *La luz pesa* (Plaza y Janés, 1964), con prólogo de Enrique Badosa. La presencia divina en sucesos y personajes constituye la casi exclusiva motivación de escritura para Manuel San Martín, escritor excepcional, según el prologuista, «lo mismo por la gran calidad de su prosa, de su estilo, como –y eso es lo más peculiar– por ser el único escritor –novelista y cuentista– que ha dado un testimonio semejante al de un Georges Bernanos, al de un Graham Greene» (p. 7).

AGUSTÍN SALGADO (Arabayona, 1932). Es autor de poesía (*La señal de las palabras*, 1969; *La espiga y el brazo*, 1973), de cuentos (*El ábrego y otros vientos*, fue su primera obra narrativa, apareció, por razones de censura, en Méjico, 1972; *Las apariciones*, Primer Premio Iberoamericano de Cuentos en Méjico; *Memorial de vientos*, 1991, una selección de relatos, inéditos algunos, otros publicados en revistas españolas o mejicanas, en los que se espeja el vivir y el hablar de las gentes de la Armuña alta). Tiene también escritas varias novelas. Obtuvo el premio Cáceres de Novela Corta en 1974 con *Tierra desolada*, su primera novela, parte de la trilogía titulada «Las Tierras», integrada además por *El horcajo* y *Las brasas*. Se trata de un conjunto de novelas en las que se consigue la asimilación del lenguaje rural, más allá de cualquier tipismo, reflejando la terrible realidad de la muerte.

De 1981 es *La grama*, su primera novela larga en la que, sobre el fondo de la guerra –contemplada desde el bando republicano–, el tema del odio está presente de forma brutal: el asesinato de ocho campesinos del pueblo salmantino de

Pedroso. El ámbito geográfico de sus relatos, *Bayonar* o *Barnoya*, clara evocación fónica de su Arabayona natal, alude, en determinados relatos, a España.

La violencia, la destrucción, el asesinato están vistos a través de los ojos de un niño de diez años que acabará acostumbrado a esa locura. Comentando *Tierra desolada*, Rafael Conte afirmaba en *Ínsula* (enero, 1976) que la prosa de Agustín Salgado no se comprendería sin la gran línea estilística de Gabriel Miró, Valle Inclán, Cela o algunos narradores hispanoamericanos; una prosa con vocación de perfección que *en ocasiones peligra porque amenaza con sobreponerse al relato*.

Inédita está *El vuelo de un sueño* (1987), con la que llegó entonces a las votaciones finales del Plaza y Janés.

Salgado sigue trabajando en *Danza de los capirotes*, al tiempo que investiga sobre una antigua polémica entre los monjes basilios y el obispado de Salamanca.

SERAFÍN DE DIOS (Salamanca, 1938) ha acabado residiendo y ejerciendo su profesión de pediatra en La Coruña, adonde llega a principios de los años setenta. No ha perdido, sin embargo, el contacto con su ciudad, ni tampoco, pese a las dificultades de publicación, ha dejado de escribir cuentos y novelas –tiene una docena terminadas–. Además de sus cuentos (*Cuando duele el alma*, 1982; *Diálogos con la muerte*, 1984; *Yo no creo en nada, profesor*, 1987), podemos leer estas dos novelas: *El caos* (1983) y *Plaza Mayor* (1989), un tomo de 739 páginas con una nota preliminar del autor que aclara respecto al recurso narrativo:

En diciembre de 1979 llegó a mi poder un diario escrito hace más de veinte años. En un principio sentí curiosidad al leer sus líneas; luego, lo confieso, auténtica dependencia por su contenido, quizás por la afinidad y conexión que tuve con aquella época que relata. Fueron años que, en España, vivíamos gobernados por una sola autoridad y bajo una sola opción religiosa, y esto, sin duda, tuvo enorme influencia en nuestro comportamiento personal. Y, la verdad, me he sentido impulsado a publicar cuanto he leído para satisfacer a quienes deseen saber cómo vivíamos y cómo pensábamos entonces. Por ética y tranquilidad personal quería, antes de realizar este proyecto, que su propio autor me concediese autorización. Y un día le escribí una carta...

La historia comienza en 1957, en Salamanca...

Compañero de Serafín de Dios fue IGNACIO BELLIDO, doctor en Medicina por la universidad salmantina, colaborador habitual de revistas y autor de un libro de poesía, ganó el premio «Tigre Juan» de 1980 con la novela *Jardín de orates* (1981).

FRANCISCO MARCOS HERRERO (Palacios del Arzobispo, 1940), farmacéutico con treinta años ya en Cataluña, inició su carrera universitaria en Salamanca. Por entonces colaboró con relatos y cuentos en revistas universitarias del momento (dirige la revista *Facultad*, de la Facultad de Ciencias y es secretario de otra revista de la Universidad de Salamanca: *El Gallo*), así como con una página literaria en *El Adelanto*.

Al no publicar, deja la escritura algún tiempo hasta que, hacia el noventa, obtiene, en Martorell, un premio con unos relatos cortos (premio «Villa de Martorell» de prosa con el libro de relatos *Naturaleza*). Animado y con más facilidades

para escribir, se dedica a la que sería su primera novela, *Échenle un capote al asunto* (Ediciones Libertarias, 1992). En ella aprovecha la riqueza del lenguaje de la Castilla rural para contar la historia del pueblo que se opone a lo que, en 1947, ordena el dictador Amadeo Lázaro, que los niños de los pueblos vayan a estudiar a las ciudades, a escuelas especiales creadas por él, con programas impuestos por los intereses de su poder. Una novela coral, con una buscada atención hacia el lenguaje dormido. De difícil recepción para el lector medio, sí fue bien acogida en los ámbitos literarios.

Entre sus novelas inéditas, se cuenta una, finalista en el premio «García Pavón», *Doscientos cinco*. Como curiosidad, me explica Francisco Marcos que el jurado pensó que estaba escrita por una mujer. Otra es la titulada *La novia del monje*, cuyo monólogo ahonda en las relaciones de pareja.

De 1993 es la segunda novela publicada, *Amores peregrinos*; novela más larga que las anteriores, también de ambiente rural. Con el propósito de lanzar un ataque al poder, se refiere la peripecia de un médico enamorado de dos mujeres bien distintas: una, rural, hermosa, enigmática; la otra, culta, licenciada en Ciencias Exactas y con otra visión del mundo y la vida. Tanto en esta historia como en la primera se ha destacado el perfil humano con que el autor viste a sus personajes, la plasticidad con que espeja las situaciones así como la tensión emocional que hace gravitar sobre sus criaturas. La posible crudeza de alguna acción se matiza en el tono lírico con que se presentan.

El viejo y la tierra (Caja Salamanca y Soria, 1997), tercera novela publicada, procedente de la ampliación de un cuento, es una obra sencilla, de reducida extensión con la que se presenta, y gana, el premio de novela corta «Manuel Díaz Luis», convocado por el Ayuntamiento de Monleón (Salamanca). Curiosamente, Marcos Herrero conoció la novela de Manuel Díaz Luis, *Las aguas esmaltadas*, en el aeropuerto de El Prat, de Barcelona, donde la adquirió. Y, al hilo de esa conversación, me recuerda cómo el libro que Díaz Luis, de cuerpo presente, tuvo entre sus manos, fue el *Lazarillo*.

Pisamos la tierra y hacemos historia. Al morir, la historia que hicimos la enterrarán con nosotros, dice el viejo de la novela. Remigio acepta la vejez y la voluntad de sus hijos. Alimenta su existencia en la tierra que ocupa su esposa muerta. Sin embargo, Encarna no yace donde Remigio creía, ni sus hijos y nueras tienen un comportamiento digno de confianza. Todo Padracos lo sabe; todos callan para que él no sufra:

Estoy que no me tengo, Encarna. Abrazo la tierra que no tienes y la araña. Una tierra sin tí. (...)

Yo que soñé el tuyo de paz, a cuatro pasos el uno del otro, Encarna. Que alzaba el morro y la frente, y, como quien no hace me quería poner de puntillas por ver la punta de la cruz por encima de la tapia. (p. 126)

De ELEUTERIO SÁNCHEZ, EL LUTE (Salamanca, 1942), un delincuente por necesidad, incorporado a la sociedad tras numerosas vicisitudes durante los periodos de encar-

celamiento, son varios relatos con ingredientes autobiográficos: *Camina o revienta*, *Mañana seré libre*, *Una pluma entre rejas*.

La primera novela de ÁNGEL SEVILLANO MARTÍN (Mata de Ledesma, 1942) se titula *El potentado* (publicada en el 82 –Almar– y reeditada después en Hespérides, fue finalista del premio Nadal al terminar los setenta). Sin calificarla de novela religiosa, la humorística visión de san Roque evoca la caricatura de ciertas devociones religiosas. Le siguió *El árbol del Quejigal* (Amarú, 1997), obra seleccionada para la final del premio «Ciudad de Salamanca».

El Árbol de Quejigal era un negrillo altísimo, gigantesco, frondoso y solitario, enraizado en la estrecha ladera de la que arrancaban las tierras labrantías, justo sobre la curva del regato y el prado del mismo nombre. Ninguno de los habitantes del contorno, hombres o animales, lo recordaban más bajo o menos frondoso. Ni ellos ni sus abuelos, ni sus tatarabuelos ya muertos. El Árbol del Quejigal siempre había estado allí, fijo y solemne, como el viejo patriarca de la campiña toda, como el irremplazable (sic) vigía de las mañanas claras y de las tardes sombrías y tormentosas. (p. 209)

Sevillano escribe con lentitud, trabajando rigurosamente cada línea. *Don Eustaquio el grande* es una novela larga de más de mil páginas que espera la decisión de una afamada editorial. En ella empleó seis años de trabajo. Porque lo más difícil, asegura, *es sacar algo sencillo, algo en lo que no se note la elaboración que hay detrás*.

IGNACIO CARNERO (Salamanca, 1944), además de haber elaborado el *Diccionario de personajes, topónimos y demás nomenclaturas del callejero salmanticense* (Caja Salamanca, Soria, 1996), es autor de numerosísimos cuentos premiados en diferentes certámenes *Un camino hacia la esperanza*, *Sin zambombas ni panderos*, *La almorzada de Uranio*, *Marea viva*, *La confesión*, *El espejo*, *Primer premio*, *Las rubicundas barbas de Dios*, etc.), de novela corta (*La maldición de un dios cruel*, *El ruido y el silencio*, *La veleidosa paloma blanca de la libertad*), así como de narraciones galardonadas o finalistas en muy populares premios. Tal sucedió con *Los desterrados* (en el Planeta) o con *Cabeza de turco* (en el premio Ateneo de Valladolid).

Carnero firma también novelas largas: *Veintiocho de diciembre*, *La campana del carnaval*, ambientada en Ciudad Rodrigo.

Aldea de Sorrubio es el espacio mítico en el que ubica no pocas de sus narraciones, como la titulada *Historias de la muy innoble, desleal e inhospitalaria Aldea de Sorrubio*.

Actualmente trabaja en otra novela, además de ser un colaborador fijo en *La Gaceta* de Salamanca.

JUAN LUIS FUENTES LABRADOR (Villarino de los Aires, 1944). Tiene, además de varios libros de poesía, una novela publicada en 1988, *Amada mía* (Institución Gran Duque de Alba, Ávila. Colección Telar de Yepes); en su momento, fue presentada en la Universidad de Salamanca por José Antonio Pérez Bowie. Bastantes otros títulos esperan publicación: *Arborumterra*, *Cocodrilos en la playa*, *Las cuarenta y cuatro historias*, *La muerte inventada*, novela corta, o una más larga, *La*

memoria bajo el agua, que, ambientada en los años cincuenta, está ya en su segunda parte.

El profesor de la universidad salmantina FELIPE MAÍLLO (Monforte de la Sierra, 1944) ha visto publicado en España –había aparecido hace unos meses en Argentina– el primer título de una proyectada trilogía: *Inciertas derrotas* (2000). Se anuncia la aparición inminente del segundo libro.

RAMÓN GRANDE DEL BRÍO (Salamanca, 1946). Con varios premios literarios en su haber, colaborador en prensa y revistas especializadas, es autor de una extensísima obra de género variado, desde libros de viaje o colecciones de relatos a estudios ensayísticos de carácter histórico o antropológico.

Novelas ha publicado, hasta ahora: *Cómo nace una aventura* (con visos autobiográficos), *El diluvio* (sobre la interrupción que la construcción de un embalse representa en la cotidianidad de un núcleo rural, 1987), *Visión de la tierra insólita* (1985), *El claustro* y *El rey de los estadios* (novela de humor).

De inmediata publicación son estos otros títulos: *El copiloto afectuoso*, *Homo ibericus: especie en vías de extinción* y *La polémica*. En el 2001, si la negociación editorial progresa en el sentido previsto, aparecerán otras dos.

También del ya mencionado *Diccionario de Autores* recojo el nombre y la obra de la salmantina MARA APARICIO (1947), periodista de profesión. Obtuvo el primer premio Cáceres de novela, por *Pasión, muerte y resurrección de la Manuela Marcial* (1973). Dentro del apartado «narrativa» se cita otro título sin fechar: *Boceto de una joven tibia*.

JOSÉ LUIS DÍAZ (Salamanca, 1948) tiene publicadas tres novelas: *Devaneos taurinos* (1997), *El torerillo* (1998) y *El club de los toreros muertos* (1999) que está previsto llevar al cine. Una más es *El último paseillo*.

La escritura de estas novelas, dirigidas al gran público, procede del deseo de relatar vivencias que acompañan al autor desde su niñez, espectador de primera fila del mundo del toro. Sin embargo, no entra en sus aspiraciones el airear trapos sucios sino justamente ensalzar la belleza de ese mundo que le apasiona y al que, en sus relatos, une todo un mundo de imaginación.

Díaz firma también el galardonado corto cinematográfico *Nazareno y oro*.

JOSÉ LUIS MATILLA, un salmantino (San Pedro de Rozados, 1953) instalado en la provincia de Toledo, es autor no sólo de novelas, sino de numerosos cuentos así como de seis libros de poesía.

De 1994 es *El cuarto árbol* (Seix Barral), una novela en la que abre sus recuerdos a chorro *en el calendario de mi mala memoria*, dice la primera persona que narra. Con ecos picarescos, su deambular por la vida estuvo marcado por las circunstancias de su nacimiento. En los cincuenta. Una casa pobre, el piso sin desbastar, inmobiliario simple:

En ese palacio vine a nacer. Fue una tarde, justo en el solsticio de verano. Cuenta mi madre que se puso mala y sólo pudo llamar a gritos a una vecina, que llegó a tiempo de colocar un orinal al que fui a parar de cabeza con todos mis casi cinco quilos y llorando, con razón, como una magdalena.

Mujer –le dijo–, no son éstas formas de traer una criatura al mundo. Todo requiere su tiempo.

Mi madre, que se secaba como podía los sudores fríos del sofocón, se disculpó. ¡Si es que no lo he sentido siquiera ¡Parece cosa de brujería!

La vecina, apiadada, pero recelosa, se santiguó tres veces antes de sacarme la cabeza del orinal y luego se fue corriendo a su casa para volver con una botella de agua bendita en forma de Virgen de Fátima.

No es cabal este augurio. Nacer en un orinal no puede traer nada bueno. Esta criatura puede salirte rara –y, mientras esto decía, rociaba mi cuerpo con el agua y recitaba ensalmos.

Nadie puede quitarme de la cabeza que de ahí arranca mi mala suerte futura, tal vez porque no fuera bastante el agua bendita, o porque aquella mujer no lanzara sus sortilegios con la devoción debida. En cualquier caso, no es sitio para tocar mundo un orinal aunque sea una patena de limpio. Eso marca la vida de un hombre, con seguridad. (P. 21)

No puede ir a estudiar porque su padre decide no venderlo, en ventajoso trato, a Jerónimo. Correccional, iniciación en la vida sexual con la Paca, *la madre de mi nacimiento a la sal de la vida*, amores con Amparo; de fondo, el telón histórico, la presencia americana en España, la sucesión que el mismo Franco establece para España. Como dice la contraportada, *El cuarto árbol*, a lo largo de sus catorce capítulos, dibuja con precisión expresiva, sin lirismos, la infancia, adolescencia y juventud del protagonista en un ámbito provinciano de la España de posguerra hasta llegar a las confrontaciones ideológicas y generacionales que anticipan la futura transición política.

De 1996 es *Sol y sombra* (Ediciones B), o el deseo de Antolín Carrascosa de debutar en las Ventas, en el escenario tragicómico del Madrid de la transición política; de este año 2000 es *La pasión de Carola* (Akal).

MANUEL DÍAZ LUIS (Campillo de Salvatierra, 1956-Orense, 1995) es autor, además de los relatos recogidos bajo el título *Tierra madre*, de un poemario (ambos en Amaru) y una serie de artículos agavillados en las palabras «A la sombra de la Catalpa», aparecidos semanalmente en el diario salmantino *Tribuna*, de la novela *Las aguas esmaltadas* (Seix Barral, 1990).

Según escribe el propio Manuel Díaz Luis en la solapa de *Las aguas esmaltadas*, debe de poder considerarse a sí mismo escritor a juzgar *por las hambres y los dineros*. Explica ahí mismo que la novela, iniciada en 1983 y trabajada hasta 1989, «no hubiese sido posible sin la luminosa inspiración de mis espíritus carnales de la sierra de Francia –cuasi santos–, verdaderas musas que se me aparecían colgando de los techos de las tabernas y tabernáculos en forma de lenguas de fuego tinto».

Los acontecimientos se desarrollan en un pueblo salmantino, en la vertiente septentrional de la Peña de Francia. Supersticiones, violencia, brutalidad, conocimiento empírico de muchos aspectos de la naturaleza, instintos elementales del ser humano, saberes tradicionales, brujerías y encantamientos, caza furtiva, ritos de iniciación sexual, relaciones interpersonales, la vida y la muerte de los personajes;

todo nutre la vida de estas gentes: el tío Alfredín, el señor Ignacio, el alcalde, el señor Casiano el de Ludivina, don Nacienceno, el médico, la pandilla de muchachos: Julio Burrablanca, Gasparín, Juanjeta, Pedro Cagaleras, el Naza y el Zaca... La primera persona que ensarta sus peripecias revive palabras y construcciones especulares tremendamente expresivas de una época y unas vivencias rurales al tiempo que homenajea a nuestra literatura clásica. Magnífico campo de trabajo para escardar la óptima diversidad del registro lingüístico coloquial, la novela ofrece ingenuidad, motivos para la reflexión, cierto valor etnográfico y humor. Relean si no aquella escena, cuando Gencio, el Ratón, al que no pocos tenían por medio brujo o curandero en el pueblo, prescribió al Celes una visita al barrio chino a fin de poder cumplir con su mujer, la Orófila. Y, como viaje y curación corrían por cuenta del Celes, el Gencio avisó al Lumi, el enterrador, porque en todo iban a medias, y se van los tres a la capital:

Al Celes lo metieron con una portuguesa que, aunque vieja, era mujer experimentada y buena socorredora, y volvió de ella como el que ve visiones o aparecidos y con el gusto escrito en la cara, como si todavía siguiese allí:

– ¿Gozó usted?

– Mucho, señora puta; muchas gracias.

– Pues nada, cuando guste, ya sabe dónde le quedo.

– Se agradece.

– A mandar, que para eso estamos.

El Celes apuró tanto el trance que entretuvo toda la tarde y llegaron al coche de línea cuando arrancaba. Antes de montarse, el Lumi, el enterrador, que venía sin aliento, tomó aire y le dijo:

– Un poco más y hacemos noche.

Pero el Celes no contestó porque estaba en otro mundo. El Gencio le dio un golpecito en el hombro y le espetó:

– Deja de acordarte y pon otra cara, que te lo van a notar.

– ¡Ah por culo! ¡Esto son hembras; no los zaleos de casa! (pp. 62-63)

El nombre de Manuel Díaz Luis abandera el premio de novela corta que, en su memoria, convoca anualmente el Ayuntamiento de Monleón desde 1996. Desde entonces ha sido otorgado, en tres ocasiones, a otros tantos escritores relacionados, directa o indirectamente, con Salamanca (1996, Francisco Marcos Herrero: *El viejo y la tierra*; 1997, Félix Población: *Crónica de un pájaro* y 2000, Concha Fernández: *Lo que queda de camino*).

JOSÉ LUIS MUÑOZ nace en Salamanca en 1951 pero reside en Barcelona desde 1954. Allí lo marcan para la literatura los libros de aventuras de la biblioteca de su padre, un bibliófilo que atesora volúmenes, y las proyecciones en sesión doble del cine de Gracia, su barrio. En 1985 inicia una carrera literaria en la que se alinean numerosos premios. Además de relatos (la edición de *La lanzadora de cuchillos* en Icaria lleva prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, *Erotismo y sarcasmo*), ha publicado las novelas *El cadáver bajo el jardín* y *Barcelona negra* (en la colección Etiqueta Negra

de Júcar), *El Barroco* (premio La Odisea de Barcelona, 1987; en Plaza y Janés), *La casa del sueño* (Laia-Alfa 7, enero, 1989). En enero de 1987 recibe el premio Ateneo de Albacete con la novela *Serás gaviota*. A caballo entre la novela negra, policiaca y la fantástica (*Los ojos ajenos*, finalista en el premio «Félix Urabayen» de novela corta, 1988), ambos géneros suelen adunarse en sus libros. En 1990 consigue el premio «La sonrisa vertical» con *Pubis de vello rojo*. De 1993 es *Mala hierba*. Su última novela, *Lifting* (Algaida), ha conseguido el premio Café Gijón de 2000.

TOYA S. GULLÓN nació en Ciudad Rodrigo y a los diez años se traslada a Salamanca. Ha publicado libros para adolescentes (*Yo fui monaguillo*, *La hija de los Troncoso*, *El primero de la clase*, *Hoy es primavera*). Fue finalista del premio Nadal con su novela *La vida empieza mañana* y seleccionada para el premio Alfaguara con *La inútil esperanza*. Es autora también de cuentos (*Veinticuatro de abril*, premiado por la revista Galerías Preciados), ensayo y numerosos artículos.

Tras unos años de silencio, publica *Apaga... y vámonos* (1992), una especie de ensayo, de juego o pirueta que puede dar que pensar y sonreír, acerca de la relación hombre-mujer.

CONCHA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ (Ciudad Rodrigo, 1953), además de haber publicado varios cuentos en volúmenes conjuntos, obtuvo el premio de novela Ciudad de Irún con *El último chachachá* (Fundación Kutxa, 1998). Concha Fernández es asimismo la ganadora de la última convocatoria del premio de novela del Ayuntamiento de Monleón, «Manuel Díaz Luis», con la obra titulada *Lo que queda de camino* (en preparación para ser publicada). Es autora también de la novela corta, premio Café «Bretón» de Logroño, *Al otro lado del tabique*, cuya primera edición aparece bajo la autoría de Concepción Fernández González (la existencia de otra escritora, gallega, con el mismo nombre y los mismos apellidos, hizo que tras el aviso oportuno, firmara sus novelas como Concha).

Gran lectora y admiradora de Faulkner, novelistas hispanoamericanos (Vargas Llosa, García Márquez, Cortázar), o del español Luis Landero, Concha Fernández insiste en su afán por hallar una voz propia. De ahí esa muestra variada narrativa en sus obras. Cada una posee su particularidad. Sí es constante en ella el partir de situaciones reales que luego desarrollará imaginativamente.

Concha Fernández tiene en su haber una treintena de premios de narrativa, relatos cortos y cuentos obtenidos en muy diferentes lugares de España, de Ibi (Alicante) a Camuñas (Toledo); de Iniestas (Cuenca) a Andújar (Jaén). Convencida de que en España no se ha valorado suficientemente el relato corto, la escritora responde al esfuerzo que le supone la novela en su empeño por llegar a un público más amplio.

LUIS FELIPE COMENDADOR (Béjar, 1957), además de sus poemarios –publicados individualmente y en obras colectivas– de sus cuentos (*Angelitos Negros*), de su inestimable valía como agitador cultural en la localidad bejarana, es autor de dos novelas. La primera se titula *Nos vemos en el cielo* (Lf Ediciones&El Sornabique, 1997). Se trata de un ejercicio metaliterario, ironía y crítica de la mano.

Como veis, puedo narrar una vida cualquiera sin más parafernalia que ponerme a la máquina y, eso sí, dejar que fluyan las palabras sin la coraza de la puntuación. En cuanto me pongo a pensar si una coma va aquí o allá, estoy perdido, se me va la inspiración. Y es que la literatura no tiene nada que ver con la ortografía, la LITERATURA es sólo vivencia y memoria con ciertas dosis de recreación, además todo está ya escrito y, como somos una pandilla de snobs, presumimos de eso, de saber que todo está escrito cuando a lo mejor ésa es la gran mentira que nos come. (P. 55)

Desde el desencanto y el escepticismo en *Nos vemos en el cielo*, personaje-autor ponen en solfa mucho de lo que el ser humano ha establecido como norma, se airea la doble moral que habita al hombre, se desmitifican ídolos elevados a dioses por obra y gracia de la masa y la adulación. «Pues no, Manolo, escribo como terapia a mi soledad, como descarga a esa rabia que me han metido por el culo los políticos, los curas, la familia, los maestros, los escritores falsos de a veinte duros la palabra, los banqueros, las guerras, los americanos. (...) Mi grito son las palabras escritas igual que tu grito es Raúl, y nada importa porque el final siempre es el mismo, la puta desaparición. Yo creo personajes que hacen lo que yo no puedo o no quiero hacer, seres irreales que se visten de mi realidad y sufren, follan, ríen, mueren, resucitan a mi antojo y me reintegran cierto equilibrio que nunca me podría dar la puta realidad» (pp. 145-146).

De 1999 es otra receta inviable de cocina literaria, *El tipo de las cuatro* (1999), también publicada por Lf Ediciones&El Sornabique. En la solapa del libro se lee este aviso: «Es imposible abreviar un relato que no existe y por ello no puede darse nota de *El tipo de las cuatro*; sólo avisar al avezado lector de los mil peligros que corre al internarse en esta lectura que no le llevará a parte alguna».

JUAN LUIS CONDE (Ciudad Rodrigo, 1959). Vive en Madrid, adonde llegó a principios de los noventa con un manojo de cuentos infantiles y juveniles. *La ascensión al boyo* (1990) es el título de su colección de relatos, cuyos argumentos se apoyan en anécdotas que bien podrían haber aparecido en los periódicos, y *El segundo amo del lenguaje* (1996), el de su ensayo.

Su primera novela, de 1993, *El largo aliento*, con la Roma clásica como escenario y Adriano como personaje principal, pasó extrañamente desapercibida para la crítica pese a que la editorial en que fue publicada, Áncora y Delfín, disfrutaba ya del prestigio necesario; con todo, las escasas reseñas fueron buenas.

Para *Un caso de inocencia*, de octubre de 1997 (Debate), parodia de la novela psicológica, hubo diversidad de críticas. Reyes, una joven terapeuta, aspira a un puesto de trabajo en el hospital: «Aquí no se hará rica [le advierte el director en su primera entrevista], pero le puedo asegurar que todos los empleados del Establecimiento tienen un televisor» (p. 23). Ejerciendo, se encarga del tratamiento de Bermúdez, un profesor universitario, doctor en Filosofía del Derecho, sometido a tratamiento por orden judicial. Los colegas del centro no coinciden con la buena opinión que Reyes va formándose de Bermúdez. La relación entre paciente y psicóloga parece invertirse; agudeza del mal, contradicciones de la inocencia. Antes

de ponerse el lazo alrededor del cuello, Bermúdez había redactado una carta para Reyes:

Al principio intenté disuadirte, pero cuando te vi tan voluntariosa y tan ingenua comprendí, por fin, cómo redimir mi humillación y cuál era el sentido adecuado de mi venganza: mi punto ciego se aclaró. Desde entonces sólo he necesitado ganarme tu confianza y tu deseo, algo que tú estabas encantada de ofrecerme.

Te demostraré que tengo razón, y que Maquiavelo también la tenía. Te enseñaré, muchacha, te daré una lección. Puedes considerarte una enchufada, porque es la lección que mejor he preparado en mi vida. Y para eso tienes que perderme: a traición perderás a tu primer paciente, a tu primer amor y a tu primer amante. ¡No puedes ir por ahí creyendo que todo depende de la buena voluntad! (pp. 186-187)

De inminente aparición es *Hielo negro*. Novelista de ideas, Conde entiende la novela como un camino de reflexión y transmisión de conocimiento; tal vez el más sofisticado. Escribe para que la gente aproveche el tiempo. Acaso ahí radique la dificultad de clasificar sus relatos.

SANTIAGO ZAMARREÑO (Ciudad Rodrigo, 1959) escribe en su ciudad natal su primera novela, *Plaga de langostas*, entre marzo y mayo de 1985. La publica, en 1987, Ediciones Almar. En ella interesan sobre todo los valores formales. El argumento es una excusa para desarrollar lo que el autor denomina *arquitectura literaria*.

Estilo indirecto libre, diálogo, técnica epistolar, una cronología hecha a retazos de conciencia, superposición de anécdota y monólogo introspectivo, tipografía sintomática, variedad de personas narrativas, desde la subjetiva primera a la tercera omnisciente, articulando una vida en un pueblo salmantino cercano a Ciudad Rodrigo; existencias que se cruzarán andando el tiempo. Las confesiones de las niñas Jandra y María con el cura, don Paco; la sonrisa ante la inocencia de estas crías que, fruto de su infantil interpretación, se acusan de haber pecado contra el séptimo mandamiento (*no untarás*) pues han *untado* toda, toda a Martita. Las misivas que Luis envía a sus padres desde el frente, relatándoles como un alcalde de un pueblo les enseñó «el lugar donde los enemigos de la Patria y de Dios reciben su merecido castigo, después de haberse negado a cooperar con nuestros intereses (pues habéis de saber que les damos todas las facilidades de inserción, todas las posibilidades para que se conviertan a nuestra fe). Aquella tarde conocí a un verdadero santo» (p. 109). Por debajo, laten las secuelas de la ignorancia, tan palmaria en ese choque idiomático entre don Sixto y la Alejandra; la admiración de ésta por el hombre y su forma de hablar, la manipulación de la candidez; la esperable dedicación a la prostitución para tener qué comer. También las huellas que la guerra deja en los combatientes. Heridas de bala y otras derivadas de las situaciones límite vividas por los soldados, testigos de la muerte de sus compañeros; la desolación, la vergüenza, la crueldad, la desesperación que le determinan a no volver a disparar contra un semejante; y su ingreso en un hospital. Es esa plaga de langostas que se alimenta de carne humana.

Escribe, dice Zamarreño, porque escribir también es vida. En diciembre de 1985 está fechada la conclusión de *El regreso* (Ediciones de la Diputación de Salamanca, 1988). Ambientada también en un pueblo, Monsacro, cerca de Ciudad Portillo, muestra la existencia de diferentes personajes —el Félix, don Tanis, Manolito, Lázaro...— en esta localidad a raíz de la vuelta al pueblo de Felisa. Aspectos de novela rural aparecen en esta obra, narrada por una tercera persona omnisciente: coloquialismos, saberes paremiológicos.

RICARDO MARTÍNEZ LLORCA (Salamanca, 1966). Colaborador en revistas de ilustración infantil, autor de numerosos artículos con impresiones de viajes, tiene publicada la novela *Tan alto el silencio* (Debate, febrero, 1998) en la que invirtió un año. Sin mucho eco en la crítica especializada, por ser difícil de catalogar, sí la recogieron entre sus reseñas Nicolás Miñambres (*Tribuna de Salamanca*, 14 de marzo, 1998) y Manuel Talens (*El Mercantil valenciano*, 10 de julio, 1998).

El mundo de la montaña («la cordillera fue un paisaje muy puro donde un joven sol de membrillo llevaba a las montañas, hacia el mediodía, a una plenitud de luz que las desvirgaba», p. 92) arropa las tres partes de la historia: una primera, muy breve; las cartas de la segunda y los catorce capítulos numerados que conforman la tercera. Un relato dedicado a llorar amorosamente la muerte de su hermano, David. De esta intención elegíaca («Podría pasarme toda la vida escribiendo acerca de mi hermano, y ese proyecto destinado al fracaso sería suficiente para justificar mi existencia», p. 18) procede, y en ella se explica, el tejido lingüístico de la novela así como su configuración estructural. La muerte («La muerte de alguien cercano es algo que está sucediendo siempre, como un gerundio aborrecible y estéril, aborrecible y estéril», p. 16) y las sensaciones físicas, *entre los intestinos y el espíritu*, sobrenadan por entre los renglones del libro.

Martínez Llorca trabaja en la actualidad en otra obra para una conocida editorial, un híbrido de literatura de viajes y ficción.

Quede incluido en la nómina de oriundos salmantinos FERNANDO ARRABAL (1932) pese a su corta estancia en Ciudad Rodrigo. Adaptado a la cultura francesa, y fundamentalmente dramaturgo, anotemos, no obstante, algunas de sus novelas: *La torre herida por el rayo*, novela con la que ganó el premio Nadal 1982; *La extravagante cruzada de un castrado enamorado*, *La hija de King Kong*, *El mono o enganchado al caballo*, *Ceremonia para un teniente abandonado*.

3.2. ESCRITORES LLEGADOS A SALAMANCA

El 12 de julio de 1891 se apeaba en la estación de tren de Salamanca MIGUEL DE UNAMUNO (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936). Vivió en la ciudad cuarenta y cinco años. Para el catedrático y rector fue *un dulce y grato refugio* donde le era posible la meditación. También la creación y la actividad pública. No sin el pudor y la reserva que inspiran tantísimos eruditos estudios en los que se analiza la obra de don Miguel, recordemos que sus novelas vienen a ser una proyección literaria de sus problemas personales. Algunas de sus agonías quedaron también personificadas en

esos hijos de su espíritu que son los personajes de sus novelas; así, el Pachico de *Paz en la guerra* (1896), el Augusto de *Niebla* (1914), el don Manuel de *San Manuel Bueno, mártir* (1933). Siendo aún rector de la universidad salmantina aparece su novela *Amor y pedagogía* (1902). Posteriores son *Abel Sánchez* (1917), *La tía Tula* (1921).

GONZALO TORRENTE BALLESTER (Ferrol,1910-Salamanca,1999). Un gallego que adopta a Salamanca para vivir sus últimos veinticinco años (1975). Torrente Ballester deja enhebrados sus escritos en retranca gallega, en escepticismo personal, en imaginación de carácter intelectual y en la ironía con que acompaña su actitud de incrédulo. Antes del gran acontecimiento que en el panorama literario experimental de la época supuso, al alborear los setenta, la publicación de *La saga/fuga de J.B* (1972; recibe el premio de la Crítica y el Ciudad de Barcelona), don Gonzalo ya había dado muchas páginas a la imprenta –desde aquellas colaboraciones suyas, universitario en la ciudad, en un periódico local de Oviedo, *El Carbayón*–. Y no sólo novela (*Javier Mariño*, 1943; *Gerineldo*, 1944; *El golpe de estado de Guadalupe Limón*,1946; *El señor llega*, 1957; *Donde da la vuelta el aire*, 1960; *La pascua triste*, 1962), sino escritos periodísticos, críticos, teatro, un ineludible estudio sobre el teatro español contemporáneo; y otras dos novelas valoradas algo después: *Don Juan* (1963) y *Off-side* (1968). Cuando, tras regresar de EEUU, fija, finalmente, su residencia en Salamanca, Torrente Ballester sigue colaborando en periódicos nacionales y publicando novelas. De 1979 es *Fragmentos de Apocalipsis*, novela tiznada de teoría novelística por la superposición de actividades: por entonces preparaba su discurso de entrada en la Real Academia «Acerca del novelista y de su arte» (ocupará el sillón E; le respondió otro gallego, Camilo José Cela). A esto siguen, aparte sus colaboraciones periodísticas (*ABC*, *Cotufas en el golfo*), unos diarios de trabajo (*Los cuadernos de un vate vago*, 1982), varios relatos recopilados bajo el título de *Ifigenia y otros cuentos*, 1988, y numerosos premios (entre ellos el Príncipe de Asturias de las Letras en 1982, el Miguel de Cervantes en 1985) y homenajes –en 1984 es nombrado hijo adoptivo de Salamanca–, un libro de relatos, *Las sombras recuperadas* (1979), reediciones de novelas anteriores (así *Javier Mariño*, en 1985), y otras novelas nuevas como *La isla de los jacintos cortados* (noviembre de 1980, tras el homenaje que, en septiembre, la ciudad de Salamanca le rinde, ya jubilado como catedrático de instituto), *Dafne y ensueños* (1982), *La princesa durmiente va a la escuela* (1983), *Quizá nos lleve el viento al infinito* (1984), *La rosa de los vientos* (1985), *Yo no soy yo, evidentemente* (1987), *Filomeno, a mi pesar* (premio Planeta, 1988), *Las islas extraordinarias* (1991), *La muerte del decano* (1993), *Pepe Ansúrez* (1994), *La boda de Chon Recalde* (1995). En 1998 publica su última obra, *Los años indecisos*. A título póstumo aparece *Doménica* (1999).

RAMÓN CAJADE REY era un gallego de Santiago de Compostela (1914), muy asentado en Salamanca (fue Secretario del Juzgado). Es autor de la novela titulada *Los solitarios*, en la que aparecen esos personajes desdichados, gente oscura pero orgullosa, fracasados ante la sociedad pero no en su conciencia. Tomás Calleja, cam-

panero, dependiente, librero, pintor, mozo de muchos amos es *otro insatisfecho con su soledad a cuestras*, como Ramón Cajade.

MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (Madrid, 1921), profesor emérito de la Universidad de Salamanca, es bien conocido por su dedicación a la investigación histórica del siglo XVI fundamentalmente *La sociedad española en el Siglo de Oro* (1985), *Poder y sociedad en la España del Quinientos* (1995), sus estudios sobre Carlos V, Felipe II y su tiempo, Jovellanos, Fray Luis de León, Juana la Loca. Es autor también de varias novelas: *Vientos de guerra* (1995), novela histórica en la que, basada en dos diarios así como en documentos y prensa de la época, se relatan las dramáticas peripecias de una familia asturiana durante la guerra civil española de 1936; fue seleccionada para el Premio Planeta 1990. *El Príncipe rebelde* (1996) nace en un hecho real, la rebelión del Príncipe don Carlos contra su padre, el rey Felipe II. Punto de partida para esta evocación narrativa: el hallazgo de un cuadro del bufón de la corte, Tristán, por parte de un profesor de provincias. *A trancas y barrancas (Tiempos recios II)* (1998) continúa la primera novela, *Vientos de guerra*, y forma parte de la proyectada trilogía *Tiempos recios*. *Vientos de guerra* refleja la España de la posguerra de los años cuarenta. Julián sigue siendo el protagonista que ahora llega, desde Oviedo, a Valladolid para seguir sus estudios universitarios.

JOSEFINA VERDE (Zaragoza, 1926, asentada en Salamanca hace más de treinta años), si de poesía se tratara, no necesitaría presentación (su última entrega poética responde al título *Una ventana para decir vida*). Son muchos los poemarios publicados individualmente así como en antologías. Es autora también de novelas. De 1994 es *Cuando mueren los delfines* (en la editorial Verbum): expone el mundo vacilante de la adolescencia femenina apostando por el amor verdadero, por la libertad de uno mismo y la rebeldía ante la postura de «He aquí la esclava del Señor» vigente en las mujeres españolas durante tanto tiempo. Dos partes y un epílogo en los que la casi niña Etelvina, huérfana en tiempos de posguerra, se inicia en una existencia pobre, desgraciada y buena, se desconcierta ante los temblores nuevos junto a Francisco Aguilar, la angustia la soledad en la que la deja la muerte de su abuela, y, finalmente, se incorpora a nueva vida con los parientes que la acogen. Diferentes camisas de crecimiento van cayendo en esta iniciación sentimental. Personajes sencillos y líricas descripciones paisajísticas del ámbito rural en el que Etel parece hallar la necesaria tranquilidad de espíritu para su adolescencia turbulenta y contradictoria en busca de su propia identidad. Cosidas a la peripecia del personaje, descripciones con rebufos poéticos: «La nieve había comenzado a caer blandamente y el bosque fronterizo se vestía de brumas. Los árboles engalanados con los perfiles fantasmales se abrazaban bajo un cielo borroso cándidamente blanco. No existía horizonte y sólo la verticalidad de la torre se adivinaba extrañamente rígida» (p. 87).

De antes son otros libros en prosa: *Mosaico* (1983) y *Atrén y otras narraciones* (1989) y, del mismo 1994, el libro de relatos *Cuentos de Oriente y cuentos de Occidente*. En su telar, otra novela espera el fin y, con título provisional, *Hijos de mujer*, aguarda compromisos editoriales.

JOSÉ MANUEL COSTAS (Vigo, 1941) desde 1979 enseña Lengua española y Literatura en el instituto salmantino «Fray Luis de León». Después de obtener el Premio Nacional Universitario de Poesía con *Hombre es igual a Prometeo*, consigue publicar el poemario *Entrañables nidos* en una colección dirigida por el poeta berciano Ramón González-Alegre. Gana el premio Ateneo de Valladolid y sale a la luz su novela corta *Muerte de Venus* (1974). Tiene otros muchos manuscritos inéditos, a pesar de haber sido galardonados también: *El cazador de sueños* (premio Ciudad Real de novela en 1975) o *Volver atrás la jugada* (premio «Francisco García Pavón» de narraciones 1976).

De 1987 es la publicación de la novela *Mis amores con Anna Freud* (premio de novela «Ciudad de Irún») y del relato «Ladis» (premio de Cuento de ese mismo año). En 1988 aparece *Luna de agosto*, novela corta que obtiene el premio Félix Urabáyen de novela corta; en 1990, *Llanto en Isla Negra* (premio de Novela «Casino de Mieres»), y, en el 99, el relato «Viaje al fin del arte» (accésit en el XXXV Concurso Internacional de Cuentos «Miguel de Unamuno»).

En la actualidad, Costas trabaja en dos proyectos narrativos: *La hija de Simenon* y *Melíbea la buena amiga*.

El leonés ANTONIO COLINAS (1946), bien conocido por su poesía y sus ensayos, por sus aforismos, tratado en armonía, se ha instalado en Salamanca va para tres años. Ofrezcamos los títulos de sus dos novelas, escritas con anterioridad a la llegada a nuestra ciudad: *Un año en el sur* (1985) y *Larga carta a Francesca* (1986).

FÉLIX POBLACIÓN (Valencia, 1949). Asentado también en Salamanca desde comienzos de los años noventa, es autor de numerosos relatos, muchos de ellos galardonados en diferentes certámenes. Con varias novelas terminadas y otras empezadas, Félix Población obtuvo el premio de novela corta «Manuel Díaz Luis», en su segunda convocatoria, con *Crónica de un pájaro* (1997), cuyo original presentó bajo el seudónimo de «Alicia Carroll». Como dice en la *Presentación* el alcalde de Monleón, Isidoro Terol Rubio, *Crónica de un pájaro* es «ante todo, un bellissimo alegato de la naturaleza física y de la naturaleza humana que, comúnmente, van asociadas la una con la otra por cuanto el deterioro de una de ellas implica el de ambas. (...) Nos relata con ternura a lo largo de sus páginas una parábola respecto del mundo de los sentidos y del olvido que de ese mundo hacemos frecuentemente».

BRAULIO LLAMERO, un zamorano (Manzanal del Barco, 1956) a caballo entee Zamora y Salamanca, es un periodista que alterna desde hace años su tarea de informador con la literatura. En la actualidad es redactor de RNE en Zamora y columnista de los diarios *La opinión* de Zamora y *Tribuna de Salamanca*. Es Premio de Periodismo «Francisco de Cossío» de la Junta de Castilla y León, obtenido en 1989, por el programa de radio «Salamanca no es manca».

En el campo de la literatura ha publicado más de una docena de novelas para niños, con numerosas ediciones y prestigiosos galardones. Sólo algunos de esos títulos son: *La brujita Gari*, que va ya por la cuarta edición y ha aparecido en Francia (Ed. Ronde Du Tournesol, 1991) y Eslovenia (RTV de Lubljana); *Buscadores de sonrisas* (1994), *Mi tía Tita* y *los ladrones de Cerezas* (1994, con edición simultánea

en catalán), *El hijo del frío* (1995). Es autor asimismo de un libro de prosa poética, *Bestiario de Amor* (Edición del autor, no venal, de 250 ejemplares firmados y numerados) y de dos novelas inéditas: *El beso del tiempo* (1996) y *Lo que nunca se contó de Artemio* (1998).

UBALDO DE CASANOVA Y TODOLÍ (Barcelona, 1953) trabaja en Valladolid y reside en Salamanca desde hace trece años corridos. Licenciado en Ciencias de la Información y doctor en Historia, es el responsable, en la actualidad, del Gabinete de Prensa de la Consejería de Agricultura y Ganadería de la Junta de Castilla y León. Elabora diversos trabajos de investigación histórica, así como libros empeñados en difundir la cultura del vino. Es autor de dos novelas publicadas en la colección Narrativas de Amarú: *Ahora mismo, donde todos dicen* (1999) y *Cae la noche* (2000). La primera, sin hilo argumental concreto, desarrolla una trama en la que, partiendo de un personaje inicial, se extiende en multiplicidad de situaciones. La novela es, como dice el autor, *un ejercicio de estilo*, concebida como galería de personajes, sin hilo narrativo.

No sucede lo mismo en *Cae la noche*, acerca de las relaciones amorosas y la reflexión consiguiente sobre el amor. Ambientada en el espacio de una sociedad primitiva donde los compromisos sociales se revelan extraordinariamente primarios, una unión física, sin carga afectiva en un principio, se convierte en una historia de amor apasionado:

Los brazos de ambos se cruzaron, los dedos se entrelazaron, los cuerpos se rozaron. Negros los ojos de la mujer; de nardo el olor de sus cabellos. Estaba a gusto, así, rozándola, acodado a su lado. El mundo era con ella, él estaba, era un mundo sin complicaciones excesivas. Ella era lo que importaba, ¿para qué lo demás? Se besaron, la hembra apoyada contra la pared, el macho sujetándose en ella. ¿Un ruido? Se sobresaltaron. ¿Es la cancela que se ha cerrado? ¿Lo es? ¿Quién era? Ahora no importa. El que fuera les había visto pero no importaba. Ella dejó caer la cabeza en el hombro del hombre, él olió su cabello, absorbió su olor. (P. 113)

Ubaldo de Casanova tiene, además, otra novela sin publicar y una en elaboración.

TRINI ARDURA SUÁREZ, asturiana, de Teverga, pero asentada hace años en Salamanca. Además de algunos cuentos publicados junto a otros paisanos en su Asturias natal, en editoriales pequeñas, con una difícil distribución, su primera novela la publica en Amarú, 1993, *Olvido*, que alberga aspectos profundos tras la sencillez de su relato y de su lectura. La obra fue premiada ese mismo año en el Certamen Literario Internacional de la ACCA (Asociación de Críticos y Comentaristas de Arte) en Miami (EEUU).

Dividida en tres partes, *Felicísimo*, *Olvido* y *Gervasio*, cada una de ellas adopta la perspectiva de la primera persona de su protagonista. En el prólogo escrito por Gonzalo Torrente Ballester para esta novela, que es *como un agua limpia que buye*, leemos esto:

Yo no sé cuántas novelas ha leído Trini Ardura, ni cuáles, ni si su formación sobre la problemática de la novela moderna es suficiente, o moderna, (sic) o nula. Sólo sé que un día se puso a escribir una novela, y que los materiales los sacó de su experiencia de asturiana nacida y criada en un valle verde. El hecho de haber contado la historia de «Olvido» desde tres puntos de vista hace sospechar que no es lega en el arte de novelas, pero eso, escribir una historia vista por tres personajes se le puede ocurrir a cualquiera, aunque sea lego. (Pp. 8-9)

La editorial Debate sacará en la primavera del año 2001, la segunda novela de Trini Ardura: *Que no se entere Mendoza*, una novela escrita en clave de comedia, *muy divertida*, afirma la autora. Para algo más adelante, espera el turno otro título, aún sin fijar. A la escritora le parece que *Amorecer* estaría muy acorde con el contenido del relato.

ADOLFO MUÑOZ (León, 1964), profesor en excedencia, leonés que se siente salmantino, afirma que le gusta jugar con las palabras, *buscar la melodía de las frases*. Y eso desde el compromiso de una perfección arraigada en la reelaboración continua de su escritura. Su *Tengo palabras de fuego*, (Emecé Editores, 1998), título de palabras de *Hamlet* es una novela bien construida, simétrica. Su interpretación del mundo va más allá de los amores platónicos del enano Juan de Iniestas por la duquesa francesa María de Ricqueville (la bestia y la bella), en un verano vacío de acontecimientos (a excepción de la vida de los protagonistas) en la corte madrileña del rey Felipe IV. Divertida, rica en vocabulario, con ecos clásicos –la mirada admirativa de Juan Ruiz, el de Hita, los retumbos misóginos de épocas precedentes, los espejos velazqueños, el existencialismo de Calderón, la resignada ironía de Cervantes–, una novela que no renuncia a las aportaciones experimentales del último siglo. La avala una amplia repercusión crítica en coincidencia de valoración positiva.

El germen de la narración –cuyas claves de lectura son muy variadas: desde una literal, amorosa o fantástica, a la histórico-política; de la psicológico-social a la metafísica o al mero divertimento– se remonta a un recuerdo del autor niño, de doce o trece años, cuando tuvo conciencia de la injusticia radical que habita nuestro mundo. Deseo sobre realidad: lanzar una denuncia respecto a la falta de justicia, a la reducción de la libertad y de los valores democráticos en el mundo.

Tengo palabras de fuego fue finalista de los premios «Ciudad de Salamanca» (con el título de *Juan de Iniestas*) así como del «Tigre Juan» y participó en el Festival du Premier Roman de Chambéry (Francia). Tras dar su versión del *Libro de Calila y Dimna* (Universitas Editorial, 1998, con ilustraciones de José Luis Rodríguez Beltrán), Adolfo Muñoz está dedicado actualmente a la traducción.

3.3. ALGUNOS DE LOS QUE ANDUVIERON POR SALAMANCA

JOSÉ MAS conoció a don Emilio Martín Sánchez en Villamartín. Lo animó a escribir una novela de Castilla, la novela pintoresca de la serranía. Invitado por don Emilio, el prolífico andaluz José Mas –escribió cuentos, libros de viaje, crítica– observó

y vivió el escenario en que ambienta los amores de Águeda y Pedro en el Tejuelo de *El Rastrero*. José Mas había nacido en Écija en 1885 y murió en 1941. Colaborador en numerosas publicaciones (*Mundo Gráfico, Blanco y Negro, ABC, Estampa...*), agrupa sus novelas temáticamente: novelas de mujer, novelas sevillanas, de Castilla, alucinantes, exóticas, de Galicia, del campo andaluz, docentes. De la edición que introduce Josefina Pérez Teijón (Diputación de Salamanca, 1990), extraemos la noticia (recogida en *La Gaceta de Salamanca* de 13 de octubre de 1928) de que, de viaje en La Fuente de San Esteban, a José Mas le robaron la maleta con su manuscritos de la novela. Su alegría mayor fue encontrar tirados los folios en medio de la carretera.

Dentro de la estética del costumbrismo realista, el rasgo inédito era, para José Más, lo trágico, lo sórdido, lo misterioso, triste, miserable, angustioso. Visión negativa de Tejuelo y los tejolenses –los agrupa maniqueamente en buenos y malos– en una novela bien estructurada, destacadas descripciones paisajísticas y testimonio folclórico.

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL, segoviano de nacimiento, mantuvo una intensa relación, durante los años cincuenta y sesenta, con Salamanca. Es autor de varias novelas, con amplísima difusión entre lectoras y adolescentes (baste citar *La vida sale al encuentro, Un sexo llamado débil, Una chabola en Bilbao*). Por lo que atañe a Salamanca, *Tierra brava* es una novela de tema salmantino. Así describe a la ciudad al iniciar el relato: *Salamanca, achicharrada y rubia bajo el sol de agosto, no lograba sestear ni siquiera en sus penumbras interiores, asaetadas de luz desde todas las rendijas*.

EZEQUÍAS BLANCO es zamorano, de 1952. Estudiante en Salamanca, sale de ella a finales de los setenta pero sigue visitándola desde su lugar de residencia actual. Director de la revista de creación *Cuadernos del Matemático*, ha escrito varios libros de poesía (en septiembre pasado apareció su último poemario, *Palabras de la Sibila*); tiene un libro de relatos sin terminar (*Fábulas posmodernas*), una novela juvenil hilada en cuentos con continuidad de personajes, *Memorias del abuelo de un punk* (Libros del Oeste, 1997, con una inminente tercera edición) y otra, escrita en el 96, que saldrá en unos meses, *Tres muñecos de vudú* (finalista, en una convocatoria del premio de novela «Ciudad de Salamanca»). A sus novelas, Ezequías las llama *novelatos* o *relatolas*, por ser, como él mismo gusta llamarlas, unas novelas un tanto *sui generis*.

JESÚS ALVIZ (Acebo, Cáceres, 1946; Cáceres, 1998). Comenzó estudios de Psicología en la Universidad Pontificia de Salamanca que luego concluirá en Valencia. Alviz es más popular y más asequible en comprensión en sus obras teatrales (*Un solo son en la danza, Inés María Calderón, virgen y mártir. ¿Santa?, Wallada, Yo hablo en nombre de la vida...*) donde despliega un diálogo jocoso y lleno de contenido. Sus novelas son numerosas pero de cierta complicación para lectores que no posean cierto fondo cultural. Con todo, no debiera caer en el olvido su título: *Luego, ahora háblame de China* (1977). Otros son: *He amado a Wagner* (1978), *El frinosomo vino*

a *Babel* (1979), *Calle Urano* (1981), *Trébedes* (1982), *Concierto de ocarina* (1986), *Española dicen que es* (1992) y, póstuma, *El fuego lento del binojo* (1998).

De TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO (Zamora, 1957), estudiante en aulas salmantinas y una continuada relación con Salamanca, son no sólo publicaciones de poesía o ensayo; también dos títulos de narrativa: un relato largo o novela corta, *El descendiente* (La Centena, Edit. Regional de Extremadura, 1992) y *¿Para qué sirven los charcos?* (1999), presentada en una colección de novela aunque su autor apunte a la generosidad de acogida en el género para con esta novela-diario un tanto desestructurada.

También está ligado a nuestra ciudad, y a buenos amigos en ella, JUAN MANUEL DE PRADA, nacido en Baracaldo (1970) pero criado en Zamora, impulsado desde Salamanca y asentado finalmente en Madrid. Admite Prada el influjo de la tierra castellano-leonesa al responder a la pregunta del diario *ABC* (3 de junio de 2000) sobre si existe una identidad literaria entre los escritores castellano-leoneses. Cree que «la comunión con el paisaje, la proximidad a los ritos agrícolas, la omnipresencia de la religión, la supervivencia de formas de vida rurales y otros elementos que han caracterizado, hasta hace bien poco, la vida en Castilla y León han dejado una impronta especial en mi formación como escritor» (p. 11).

Juan Manuel de Prada, que se revela con un libro inclasificable, *Coños* (1995), publica un volumen de cuentos, *El silencio del patinador* (1995) y titula su muy galardonada primera novela *Las máscaras del héroe* (Mejor libro 1996, premio Ojo Crítico de Narrativa, RNE). Se trata de un documentado relato sobre la bohemia literaria de España de principios del siglo XX; supuso un salto cuantitativo y cualitativo en su trayectoria. *La tempestad*, con una estructura menos compleja que la anterior, y con dos intrigas paralelas, la amorosa y la policiaca, fue premio Planeta 1997. La última entrega de Prada, que mantiene ciertos aspectos de *Las máscaras* (reproducción de documentos, guiños intertextuales al lector medianamente culto), ha sido *Las esquinas del aire* (2000).

Por Salamanca han pasado escritores de allende nuestras fronteras no sólo en el siglo XX. No es el lugar para ser exhaustivos en esta desviación, pero, por lo que a la última centuria se refiere, citemos, a modo de ejemplo, al londinense CHARLES DAVID LEY (1913), que llega a Salamanca en 1952. En sus *memorias* recuerda cómo Landínez presumía de comunista por los cafés madrileños de los años cuarenta. Charles David Ley es considerado el introductor de la poesía de T.S. Eliot entre nuestros poetas, autor de obras de teatro y de una novela, escrita en español, de aire picaresco, barojiano, *Las aguas de Babilonia*. La historia de un poeta irlandés, Jack, que llega a Dublín para trabajar en la librería de un tío suyo; allí conoce a su prima Kate, se escapa con ella, se casan y emprenden, desde el País de Gales, un viaje a pie hasta Londres.

Representantes simbólicos, en fin, de cuantos han visitado Salamanca y han bebido de su universidad son estos dos jóvenes escritores mejicanos, nacidos en 1968: JORGE VOLPI e IGNACIO PADILLA, en contacto aún con nuestra ciudad. Aunque ya eran conocidos en su país, recientemente han obtenido en España señalados galardones: Volpi, el de Seix Barral, Biblioteca Breve 1999, con *En busca de Kling-*

son; Padilla, el premio Primavera de Espasa de este año 2000 con *Amphitryon*. Unas historias gestadas en buena parte durante su estancia salmantina.

3.4. Y NO ESTÁN TODOS...

Bastantes son los escritores y escritoras salmantinos que, por diferentes motivos, no han publicado aún sus obras. Se trata de autores que o no han vagado por los caminos intrincados de las editoriales o acaso no son tan jóvenes como la moda literaria reclama. Mientras les llega la oportunidad, guardan y repasan sus novelas. ¿No se ha de escuchar su silencio?

Ahí está GREGORIO CORRAL (Salamanca, 1936), que, con relatos escritos y teatro estrenado, revisa su novela terminada, *Tréboles y mariposas*, a la espera de editorial. Otro tanto puedo decir de ANTONIO GUTIÉRREZ TURRIÓN (Valero de la Sierra, 1950). Ha publicado poesía —una parte mínima de la que duerme en alguno de sus cajones—, colabora en publicaciones periódicas y ha elaborado una novela corta de tono lírico: *El manantial sonoro*. Su protagonista no es sólo el niño que recuerda desde su mirada perpleja, sino el propio pueblo en el que reside. La historia, concluida ya hace un par de años, ofrece no sólo el valor literario propiamente dicho sino uno etnográfico, pues el pueblo serrano, su paisaje y sus habitantes son reconocibles en la forma de vivir descrita en el relato. El abulense TOMÁS HERNÁNDEZ CASTILLA, de Tórtoles de la Sierra (1949), con residencia en Salamanca, ya ha publicado varios libros de poesía pero se lamenta de que aún no haya aparecido su novela *Balada del viejo de los cafés*, peregrina por diferentes editoriales. O su libro de viajes, *Fragmentos de viaje en una carta*, con su andadura personal por los Ancares. J. VALLE, nacido en Bilbao en 1968, lleva en Salamanca una veintena de años. Colaborador en el periódico local *Tribuna de Salamanca*, tiene dos novelas largas inéditas: *Roto* y *En la ciudad del esplín*, esta última en un proyecto bastante asentado de adaptarla al cómic con otro salmantino, Max Hierro. FELIPE NÚÑEZ es un placentino instalado definitivamente en Salamanca desde finales de los ochenta, que ha escrito varias novelas, además de poesía y ensayo. Aquellas dos novelas de su juventud siguen inéditas; ésta en la que trabaja seriamente ahora, *De la vida insuficiente de Manuel Mendiri*, enfila la recta final.

En otros casos, se trata de escritores en el yunque de la creación. Así ANÍBAL LOZANO, enfrascado ahora en historiar la peripecia existencial del Teatro del Liceo desde su nacimiento en el siglo XIX. Eso le quita tiempo para poder terminar la novela que, ya estructurada en una parte sustancial, aguarda el empuje final de unos meses más desocupados. Algo similar vale para TONI CUENCA, una alicantina residente en Salamanca desde hace más de un lustro, trabajando en una novela histórica que exige su tiempo de gestación: *Judy de Qumram*, esa zona en la que se hallaron los manuscritos del Mar Muerto. Sobre ello ambienta el desarrollo de su historia. Tiene también cuento y poesía sin publicar. ENRIQUE RIVAS (Salamanca, 1971), con un libro publicado *Densidades* (Editorial Elziberis, 2000) y relatos cortos para lectores adultos, en pequeña tirada, promete dar una narración larga antes

de acabar el año. ISABEL MUÑOZ, hasta ahora dedicada a los relatos y cuentos (ganó el premio «Salamanca 2000» con el relato titulado *Cuando el tiempo se perdía*), está ocupada, asimismo, en un proyecto novelístico. Y todavía no están todos.

CODA

No era tan extenso y árido el cantado desierto. Completarán este trabajo los nombres que la memoria y el saber de los lectores añadan. Confío en beneficiarme de ello.

Y, todo pleno, si lo desempolvado aquí anima a investigadores y a editores, a instituciones culturales o a organismos de cualquier índole a rescatar del silencio la vida y la palabra que cada uno de los escritores salmantinos viven. Porque, aunque alguno de ellos estuviera dispuesto a marcharse, silbando –oigamos a Torrente Ballester– *hay gente que no está dispuesta a hacerlo, o que no sabe silbar, pero que lleva dentro historias y quiere librarse de ellas, o simplemente contarlas, y éste no se resigna a la inactividad ni al silbido, ni al silencio: va, y cuenta la historia como puede y como sabe, y unas veces le sale y, otras, no. Siempre es mejor que quedarse mirando el abismo, y silbando.*